

Caras y Caretas 20 V 22



A CIVILIZACION PANTALONICA DIVAGACIONES

Hay quien habla de la sabiduria popular a propósito de los refranes, viendo en ellos reflejada la experiencia del sentido común. A cada uno de los siete llamados sabios de Grecia se le atribuía una sentencia, y así los muchos sabios de nuestro pueblo —

a cuya cabeza figura Pero Grullo — nos dejaron sendos refranes anónimos. Y lo más profundo de esa sabiduria reflejada en los refranes consiste en que los hay perfectamente contradictorios. Así junto a «una golondrina no hace verano» tenemos: «quien hace un cesto hace ciento» o junto a «piensa mal y acertará», «creo el ladrón que todos son de su condición». Y así en los demás.

Pero si en los refranes ha quedado cifrada la sabiduria popular especulativa, la razón teórica del sentido común del pueblo, su sabiduria en actividad, su razón práctica, nos ha quedado en objetos y usos de empleo diario. Uno de ellos es el botijo.

El botijo es, en efecto, una de las invenciones más singulares. Podríamos llamarle el antifiltro o filtro al revés. Porque en el botijo se echa agua, muchas veces turbia; se le pone sobre un plato y el líquido que rezumando queda en el plato, el agua filtrada, se arroja y se bebe la que el botijo guarda sin filtrar. Que como ha disminuido algo y no así su turbulencia resulta más sucia. A lo que se dirá que la gente no emplea el botijo para beber el agua más limpia, sino más fresca y que hay que tomar en cuenta sus propósitos.

Sin duda. Y así en las mantillas con que se envuelve a los niños el propósito es que sus madres o nodrizas puedan manejarlos fácilmente para lo cual se les tiene fajados en esos envoltorios donde guardan toda la porquería de sus deyecciones. Y ya aquí empieza la pedagogía que es, como se sabe, el arte de criar al niño con el menor trabajo posible de quien lo críe. Un problema de máximos y mínimos. Como que el maestro avisado está siempre inventando la manera de que el niño aprenda las cosas por sí solo y sin dar demasiado que hacer.

Otra de las cosas que a un amigo nuestro le parecía más característica es la aldaba, sobre todo si está en la puerta de la calle de una casa de cuatro pisos. Para llamar a los del piso cuarto izquierda se da cuatro aldabonazos y repique. Llega uno a la una o las dos de la mañana, da un aldabonazo y ha despertado a los de los primeros pisos, con dos a los de los segundos, con tres a los de los terceros y cuando da los cuatro y repique los del cuarto izquierda siguen durmiendo como lirones.

Peró es más curiosa la costumbre que rige aquí, en la mayor parte de las viviendas de esta ciudad de Salamanca, que es una mazorca de alquerías con todo

el aire de la dehesa. Llama usted en una casa y antes de abrirle preguntale desde dentro la voz de una criada: «¿quién?». Con que usted diga «yo» o «Juan Pérez» le abren sin saber ni quien es yo ni quien Juan Pérez, aunque alguna vez le repliquen: «¿qué quiero?» o «¿qué

busca?». El que esto os cuenta ha hecho alguna vez la prueba de no responder al «¿quién?» sino volver a llamar y ha tenido que retirarse después de haber llamado así cuatro o cinco veces. «Como no contestaba...» se le dió luego por explicación. Pero la razón de esto está en que esa costumbre, traída de las alquerías campesinas, obedece a que en éstas los más de los que llaman a la puerta son mendigos, pordioseros, y como al «¿quién?» responden con un planifloro y quejumbroso: «una limosnita por el amor de Dios, noble señora...» y suele seguir una retahíla, se le despide con un «Dios le ampare, hermanito» u otra frase por el estilo. Y los pordioseros son por aquí uno de los principales elementos sociales y de los que más costumbres públicas han establecido.

A todo esto podría añadirse todo lo que se debe a tradiciones muertas, todas las sobrevivencias de valores difuntos y todo lo que en las costumbres, como en los trajes, representa órganos atrofiados. Así el charro de esta provincia como usa mangas que pueda remangar las lleva con una fila de botones efectivos, vivos, que se desabrochan, pero en los trajes de los señoritos no se comprende a quo conduzcan esos botones que llevan en las mangas de la americana, que no están presos a ojales, como no sea para romper los torros de las mangas de los gabanes y sobretodos que es para lo que realmente sirven. Aunque Spencer diría que son, como tantas otras cosas que hoy sirven de mero adorno, ahorro de utilidad. Como parece que lo es la corbata.

Y vean como del botijo hemos a venido la corbata, de un artilugio para beber agua fresca aunque sea más sucia a una moda que no pasa, casi permanente y por lo menos secular. Porque eso de que las modas son pasajeras es un mero decir. Nada hay más permanente que una moda. Como que las modas caracterizan a una civilización. Y lo más característico acaso de nuestra civilización actual, del Occidente, a diferencia de la de Grecia y Roma antiguas es el uso de los pantalones en vez de la toga. Esta civilización cuyo ocaso ha estudiado el ya famoso Oswald Spengler, el autor de «La caída del Occidente», es una civilización en pantalones. Dentro de veinte siglos los historiadores que se dediquen a investigar nuestra época le llamarán la «época pantalonica» y estudiarán nuestras artes y nuestra política y nuestra filosofía como producto del empleo de los pantalones.



Miguel de Unamuno

Buenos Aires (R.A.)

